

LOS REYES MAGOS

Cuaresma 2021 – (DÍA 21)

Meditaciones de San Alfonso María de Liguorio

Material extra (optativo)

†

QUIEN AMA A JESUCRISTO LO AMA AÚN EN LAS TENTACIONES Y DESOLACIONES¹

Las penas que más afligen en esta vida a las almas amantes de Dios no son la pobreza, ni la enfermedad, ni las deshonras, ni las persecuciones, sino las tentaciones y desconsuelos espirituales. Cuando el alma disfruta de la amorosa presencia de Dios, todos los dolores, ignominias y malos tratamientos de los hombres, en vez de afligirla, la consuelan más, por la ocasión que le brindan de ofrecer a Dios alguna muestra de su amor; esas contrariedades son a manera de leña acumulada en el fuego. Mas, cuando en la tentación (I Cor. 13, 7) se ve expuesta a perder la divina gracia y entre los desconsuelos le parece haberla ya perdido, éstas son penalidades harto amargas para quien ama de corazón a Jesucristo. Pero del mismo amor sacará tal alma la fortaleza para sufrirlo todo pacientemente y continuar el emprendido camino de la perfección. Y ¡cuánto progresan las almas con estas pruebas que suele hacer Dios de su amor!

DE LAS TENTACIONES A las almas amantes de Jesucristo no hay pena que así las aflija como las tentaciones; el resto de los males, aceptados resignadamente, las inclinan a unirse más y más a Dios; más, cuando se ven tentadas a pecar y expuestas a separarse de Jesucristo, este tormento les es más amargo que todos los demás. Por qué permite Dios las tentaciones. – Adviértase aquí que, aun cuando las tentaciones que inducen al mal no provienen de Dios, sino del demonio o de nuestras malas inclinaciones: Dios no es tentador de cosa mala. Él a nadie tienta; sin embargo, el Señor permite a veces que sus más regaladas almas sean las más fuertemente tentadas. Dios permite las tentaciones, primero, para que con ellas reconozcamos mejor nuestra debilidad y la segunda necesidad que tenemos de su ayuda para no caer.

Cuando el alma se ve favorecida de Dios con divinas consolaciones, hácese que está valiente para desafiar todo asalto de los enemigos y para emprender cualquier obra en pro de la divina gloria. Pero cuando se halla bravamente tentada, al borde del precipicio y a pique de sucumbir, entonces reconoce mejor su flaqueza e impotencia para resistir si Dios no le ayudare. Esto puntualmente acometió a San Pablo, que cuenta de sí mismo que el Señor permitió fuera tentado con tentaciones carnales para que no se envaneciese de las revelaciones con que el Señor le había favorecido: Y a

¹ ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Prácticas de amor a Jesucristo*, Cap. 17.

causa de la sublimidad de las revelaciones, por esto, para que no me levante sobre mí, se me dio una espina en mi carne, emisario de Satanás, para que me apuñee. Permite, en segundo lugar, Dios las tentaciones para que vivamos desprendidos de la tierra y deseemos más arduosamente ir a verlo en el cielo. De aquí es que las almas buenas, al verse en esta vida combatidas noche y día por tantos enemigos, tienen tedio de la vida y exclaman: ¡Ay de mí!, que en Mosoc soy peregrino, y suspiran por la hora en que podrán exclamar: El lazo se rompió y hemos sido nosotros liberados.

Quisiera el alma volar hacia Dios, pero mientras viva en esta tierra se sentirá como ligada a ella y combatida (II Cor. 13, 7) de continuas tentaciones. Este lazo no se rompe sino con la muerte, por la que suspiran las almas amantes como por libertadora del peligro de perder a Dios. En tercer lugar, permite Dios que seamos tentados para enriquecernos de méritos, como fue dicho a Tobías: Y puesto que eres acepto a Dios, necesario fue que la tentación te aquilatase. El alma no por estar tentada ha de temer hallarse en desgracia de Dios; al contrario, ha de esperar más aún que es muy amada de Él. Es engaño del demonio hacer creer a ciertos espíritus pusilánimes que las tentaciones son pecados que empañan al alma. No son los malos pensamientos los que nos hacen perder a Dios, sino los malos consentimientos. Por vehementes que sean las sugerencias del demonio, por vivos que sean los fantasmas impuros que asalten la imaginación, mientras no consintamos en ello, lejos de manchar el alma, la vuelven más pura, más fuerte y más acepta a Dios. Dice San Bernardo que cuantas veces vencemos las tentaciones, conquistamos una nueva corona. Aparecióse un ángel a cierto monje cisterciense y le dio una corona, con orden de que se la llevase a otro monje y le dijera que la había merecido por la victoria que hacía poco había reportado sobre una tentación. Ni debe espantarnos que el mal pensamiento no se marche de la mente y siga atormentándonos; basta con que lo aborrezcamos y procuremos rechazarlo.

Fiel es Dios, quien no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis, dice San Pablo. Por tanto, quien resiste a la tentación, lejos de perder, aprovechará: Dios hará que con la tentación tengáis el buen suceso de poderla sobrellevar. Por eso el Señor permite a menudo que las almas predilectas sean las más tentadas, para que hagan más acopio de méritos en esta vida y de gloria en el cielo. El agua estancada y muerta no tarda en corromperse. Así pasa con el alma que, entregada al ocio, sin tentaciones ni combates, hállese en peligro de perderse, ya complaciéndose en los propios méritos, ya pensando que ha llegado a la perfección; de esta suerte pierde el temor, se cuida bien poco de encomendarse a Dios y no trabaja por alcanzar la salvación eterna. Mas, cuando comienza a ser agitada de tentaciones y se ve en peligro de precipitarse en el abismo del pecado, recurre entonces a Dios, recurre a la divina Madre, renueva el propósito de morir antes de pecar, se humilla y se abandona en brazos de la divina misericordia, y así logra alcanzar más fortaleza y se une a Dios más estrechamente, como atestigua la experiencia. No por eso hemos de desear tentaciones, sino que siempre hemos de rogar a Dios que nos libre de ellas, y en

especial de aquellas en que habríamos de consentir, que esto quieren las palabras del Padre nuestro: no nos dejes caer en la tentación. (I Cor. 10, 13).

Pero, cuando Dios permite que nos asalten, entonces, sin inquietarnos por feos y bajos que sean tales pensamientos, confiemos en Jesucristo y pidámosle su ayuda, que a buen seguro no nos faltará para resistir. Dice San Agustín: «Arrójate en sus brazos, desecha todo temor, que no se retirará para que caigas.» Abandónate en manos de Dios sin temor alguno, porque, si Él te mete en el combate, no te dejará solo para que caigas en la lucha.

De los remedios contra las tentaciones. – Tratemos ya de los remedios para vencer las tentaciones. Muchos son los que señalan los maestros de la vida espiritual, pero el más necesario y seguro, del que voy a tratar, es el acudir prontamente a Dios con humildad y confianza, diciéndole: Pliéguate, ¡oh Dios!, librame; Señor, a socorrerme te apresura. Ayudadme, Señor, y ayudadme presto. Sola esta oración bastará para hacernos triunfar de los asaltos de todos los demonios del infierno que se conjuren para combatirnos, porque Dios es infinitamente más poderoso que todos los demonios. Sobrado conocido tiene Dios que no tenemos fuerza para hacer frente a las tentaciones de los poderes infernales; por eso dice el doctísimo cardenal Gotti que, cuando nos veamos combatidos y estemos a punto de sucumbir, Dios está obligado a prestarnos su ayuda para resistir, con tal de que se la pidamos.

Y ¿cómo podríamos temer que Jesucristo no nos ayudara, después de tantas promesas hechas en este sentido en las Sagradas Escrituras? Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. E invócame en el día de la angustia; yo te libraré y tú me honrarás. Entonces clamarás, y Yahveh te responderá; pedirás auxilio, y contestará: «¡Heme aquí!». ¿Quién le invocó y fue de Él despreciado? David, por este medio de la oración, estaba seguro de que no habría de ser vencido de sus enemigos, y decía: Invocaré al Señor, digno de loa, y de mis enemigos seré salvo; no en vano sabía que Dios está cerca de quienes le llaman en su ayuda: Cerca está el Señor de cuantos le invocan. Y San Pablo añade que el Señor no es avaro, sino rico de gracias para cuantos le invocan¹⁵. ¡Pluguiera a Dios que todos los hombres acudiesen a Él cuando se ven tentados de ofenderle! Caen los desventurados, porque, aguijoneados por sus perversos apetitos, por no perder pasajeros deleites, prefieren perder el sumo bien, que es Dios. Sobradamente lo atestigua la experiencia: quien acude a Dios en las tentaciones, no cae, y cae quien se olvida de acudir a Él, y especialmente en las tentaciones contra la pureza. Salomón decía: Mas entiendo que de otro modo no la alcanzaría, si no es que Dios me la daba..., acudí al Señor y le rogué.

En semejantes tentaciones de impurezas, e igual se puede decir en las tentaciones contra la fe, no se ha de luchar directamente con ellas, sino que hay que resistirlas con medios indirectos, ejercitándose en actos de amor de Dios o de dolor de los pecados y hasta distrayéndose con cualquier acción indiferente. Tan pronto como advirtamos que se presenta un pensamiento con visos de sospechoso, hemos de despachar-lo al instante y darle, por decirlo así, con la puerta en rostro, negándole entrada en la mente,

sin detenerse a descifrar lo que significa o pretenda. Tales malvadas sugerencias hay que sacudirlas luego, como se sacuden las chispas que pueden caer en la ropa.

Cuando la tentación impura hubiera franqueado la mente y dejado sentir los primeros movimientos de los sentidos, dice San Jerónimo que entonces hay que redoblar la voz y clamar a Dios pidiéndole su ayuda, sin dejar de invocar los santísimos nombres de Jesús y de María, que tienen especial virtud contra esta suerte de tentaciones. Dice San Francisco de Sales que, cuando los niños divisan al lobo, se echan prestos en brazos del padre o de la madre y allí se sienten seguros. Así debemos hacer nosotros, correr presurosos a Jesús y a María con súplicas y peticiones. Repito que correr presurosos, sin prestar oídos a la tentación ni disputar con ella. Cuéntase en el 4 del libro de las Sentencias de los Padres de la antigüedad que cierto día San Pacomio oyó que un demonio se lisonjeaba de haber hecho caer a un monje, porque cuantas veces lo tentaba le prestaba oídos, sin acudir presto a Dios; y, por el contrario, oyó que otro demonio se lamentaba diciendo: «Pues yo con mi monje nada puedo, porque recurre prestamente a Dios y siempre me vence.»

Si la tentación siguiere molestándonos, guardémonos de inquietarnos ni irritarnos por ello, pues el demonio pudiera valerse de tal inquietud nuestra para hacernos caer. Entonces es cuando debemos resignarnos humildemente a la voluntad de Dios, que se digna permitir seamos tentados con tan bajos pensamientos.

Bastará con que digamos: «Señor, bien merecido tengo ser molestado con estas tentaciones en castigo de las ofensas que os he hecho, pero a vos os toca socorrerme y librarme de caer.» Y si, con todo, la tentación prosiguere molestándonos, prosigamos invocando a Jesús y a María. Importa mucho entonces renovar la promesa hecha a Dios de sufrir toda suerte de trabajos y morir mil veces antes que ofenderle sin dejar de pedirle su ayuda. Y cuando las tentaciones fuesen tan violentas que nos viéramos en grave peligro de consentir, redoblemos el fervor de las oraciones y recurramos al Santísimo Sacramento, postrémonos a los pies del Crucifijo o de alguna imagen de la Santísima Virgen y roguemos con redoblado ardor, gimamos, lloremos y pidamos auxilio. Una cosa es cierta: que Dios está presto a escuchar a quien le ruega y que Él es, y no nuestra diligencia, quien nos dará valor para resistir; pero a las veces quiere el Señor nuestros esfuerzos para después suplir nuestra flaqueza y hacernos alcanzar la victoria.

También es importante en tiempo de tentaciones hacer a menudo la señal de la cruz en el pecho y en la frente y, además, descubrir la tentación al director espiritual. «Tentación descubierta – decía San Felipe Neri –, tentación medio vencida.» Bueno es advertir aquí, por ser doctrina admitida entre los teólogos, aun entre los rigoristas, que las personas que por mucho tiempo han vivido vida ejemplar y son temerosas de Dios, siempre que andan en dudas de si habrán consentido o no consentido en alguna culpa grave, deben estar seguras de no haber perdido la amistad de Dios, pues es moralmente imposible que la voluntad afianzada mucho tiempo en el bien obrar, en un momento se cambie y consienta en un pecado mortal, sin conocerlo claramente. La

razón de ello es que, siendo el pecado mortal tan horrible monstruo, no puede penetrar en el alma que por tanto tiempo lo ha aborrecido, sin que a las claras se dé a conocer. Esta doctrina la tenemos plenamente probada en nuestra Teología Moral. Santa Teresa solía decir: «Nadie se perderá sin entenderlo.»

Síguese de aquí que para algunas almas de conciencia delicada y bien fundadas en la virtud, pero tímidas y molestas de tentaciones, especialmente si son contra la fe o la castidad, será quizás conveniente que el director las prohíba hablar de ellas, ni aun darle cuenta de tales cosas, porque, para descubrirse al confesor, tendrá que hacer memoria de cómo entraron aquellos malos pensamientos y después si hubo delectación, complacencia o consentimiento; y de este modo, mientras más reflexionan en ello, más se graban aquellas malignas fantasías y más turbación causan. Cuando el confesor está moralmente cierto de que el alma no consintió en tales sugerencias, más vale que le mande por obediencia no hablar de ellas. Y advierto que no de otra suerte obraba Santa Juana de Chantal, quien cuenta de sí que durante muchos años fue combatida de horrendas tempestades de tentaciones, y, como no tenía conciencia de haber nunca consentido en ellas, jamás las descubrió en confesión, limitándose a decir, según la norma que el confesor le había dado para tales casos: «No tengo claro conocimiento de haber consentido», dando con esto a entender que después de cada tentación quedaba agitada de escrúpulos, a pesar de los cuales se aquietaba con la obediencia que el confesor le había impuesto de no confesar tales dudas. Por lo demás, mucho ayuda, generalmente hablando, para calmar las tentaciones, descubrirlas al confesor, como arriba queda apuntado.

Mas vuelvo a decir que, entre todos los remedios para vencer las tentaciones, el más eficaz, el más necesario, el remedio de los remedios, es acudir a Dios con la oración y no cesar de rogarle mientras dura la tentación. A veces tendrá el Señor guardada la victoria no para la primera súplica, sino para la segunda, la tercera o la cuarta. Persuadámonos, finalmente, de que de la oración depende todo nuestro bien; de la oración depende nuestra mudanza de vida; de la oración depende la victoria de las tentaciones; de la oración depende el alcanzar el amor divino, la perfección, la perseverancia y la salvación eterna.

Tal vez haya entre los lectores de mis obras ascéticas alguno a quien se le haga enojoso tanta insistencia en la importancia y necesidad de acudir continuamente a Dios por medio de la oración. En cambio, a mí se me hace que aún no he insistido bastante, sino harto poco. Comprendo sobradamente que todos, día y noche, estamos combatidos por tentaciones infernales y que el demonio no cesa en el empeño de buscar ocasiones para hacernos caer. Sé que sin la ayuda divina no tendremos fuerzas para resistir los asaltos de los demonios, y que por esto el Apóstol nos exhorta a revestirnos de la armadura de Dios; y ¿cuáles son estas armas? Helas aquí: Orando con toda oración y súplica en todo tiempo, en espíritu, y para ello velando con toda perseverancia. Estas armas son la oración continua y fervorosa a Dios para que nos socorra y no seamos vencidos. Sé, además, que todas las Escrituras, tanto del Antiguo

como del Nuevo Testamento, no hacen más que exhortarnos a orar: Invócame en el día de la angustia y yo te libraré. Llámame y te responderé. Es menester siempre orar y no desfallecer. Pedid y se os dará. Velad y orad. Orad sin cesar. Por todo lo cual no creo haber hablado demasiado de la oración, sino harto poco.

Desearía yo que todos los predicadores nada recomendaran tanto a sus auditorios como la oración; que los confesores nada exhortaran con mayor calor que la oración; que los escritores ascéticos de nada escribiesen tanto como de la oración. Mas, por desgracia, no es así, y atribuyo a castigo de nuestros pecados el que predicadores, escritores y confesores hablen tan poco de la oración. Ciertamente que ayudan muy mucho a la vida espiritual los sermones, las meditaciones, las comuniones, las mortificaciones; pero si al venir las tentaciones no nos encomendamos a Dios, carecemos, a pesar de todas las predicaciones, de todas las meditaciones y de todos los buenos propósitos formulados. Por tanto, si queremos salvarnos, pidámosle siempre y encomendémonos a nuestro Redentor, especialmente en el momento de la tentación; y no nos contentemos con pedirle la santa perseverancia, sino pidámosle la gracia de pedírsela siempre.

Encomendémonos siempre entonces a la divina Madre, que es la dispensadora de todas las gracias, como dice San Bernardo: «Busquemos la gracia, y busquémosla por medio de María.» En efecto, el mismo Santo no da a entender que Dios no quiere dispensarnos gracia alguna sin que pase por manos de María: «Nada quiso Dios que tuviéramos que no pasase por manos de María.»

Afectos y súplicas

¡Oh Jesús, Redentor mío!, espero que por los méritos de vuestra sangre me hayáis perdonado las ofensas que os he hecho, y espero ir al paraíso a daros gracias por ello: Las gracias del Señor cantaré siempre. Veo que en lo pasado caí y volví a caer miserablemente, porque me olvidé de pedir os la santa perseverancia; esta perseverancia os pido ahora: «No permitáis que me separe de vos. Me propongo pedir os la sin cesar, y en especial cuando me vea tentado a ofenderos. Así propongo y así prometo; pero ¿de qué serviría este mi propósito y promesa, si vos no me alcanzarais la gracia de acudir a vuestros pies? ¡Ah!, por los méritos de vuestra pasión, concededme esta gracia de acudir siempre a vos en todas mis necesidades.

II. DE LAS DESOLACIONES DE ESPÍRITU «Es un engaño – dice San Francisco de Sales – querer medir la devoción por los consuelos que experimentamos. La verdadera devoción en los caminos de Dios consiste en tener una voluntad firmemente resuelta a cumplir cuanto es del divino agrado.» Dios, mediante las arideces, une consigo a las almas más predilectas. Lo que impide la verdadera unión con Dios es el apego a nuestras desordenadas inclinaciones; por tanto, cuando el Señor quiere atraer un alma a su perfecto amor, busca cómo desprenderla de todos los

afectos a los bienes temporales, a los placeres mundanos, a la hacienda, a los honores, a los amigos, a los parientes, a la salud corporal; y con tales medios de pérdidas, disgustos, desprecios, enfermedades y muertes, la va desprendiendo de todo lo creado, para que ponga en Él todos sus afectos.

Para aficionarla después a los bienes espirituales, comienza el Señor por regalarla con muchos consuelos y abundancia de lágrimas y ternuras, con lo que el alma procura desprenderse de los placeres sensuales y trata de macerarse con penitencias, ayunos, cilicios y disciplinas. Entonces conviene que el director le vaya a la mano y le niegue la licencia de mortificarse, al menos tanto como quisiera, porque, llevada en alas del fervor sensible, podría con las indiscreciones dañar su salud. Este es un ardid del demonio, que, cuando ve que alguien se da a Dios, que le consuela con espirituales consolaciones, como suele hacer con los principiantes, trata el enemigo de arruinar la salud con indiscretas penitencias, a fin de que luego, con la enfermedad encima, deje no tan sólo las penitencias, sino la oración, las comuniones y todos los ejercicios de devoción, retornando a la vida antigua. Por consiguiente, el director, con estas almas que comienzan a llevar vida espiritual y le piden licencia para ejercitarse en penitencias, debe ser muy parco en concedérselas, exhortándolas a la mortificación interna, sobrellevando pacientemente los desprecios y contrariedades, obedeciendo a los superiores, refrenando la curiosidad de los ojos y los oídos y cosas por el estilo, prometiéndoles que más adelante, cuando las vea bien ejercitadas en la mortificación interior, entonces podrán hacerse dignas de ejercitarse en la exterior.

Por lo demás, es craso error decir, como algunos sostienen, que la mortificación externa de nada sirve o de muy poco. Ciertamente que para adelantar en perfección es más necesaria la mortificación interior, mas no por eso deja de ser también necesaria la exterior. Decía San Vicente de Paúl que quien no practica la mortificación externa no será mortificado ni interna ni externamente. Y añadía San Juan de la Cruz que no se ha de dar crédito a quien despreciara la mortificación de la carne, aunque hiciera milagros. Mas volvamos a nuestro asunto. Cuando el alma comienza a darse a Dios, gusta la dulzura de las consolaciones sensibles, las cuales son a manera de cebo que el Señor emplea para arrancarla de los placeres terrenos, desprenderla de las criaturas y llevarla a sí.

Pero, como el alma se une a Dios más bien por los atractivos de los consuelos que siente que por la voluntad determinada de complacer a Dios, cree falsa-mente que su amor crece al paso que aumenta ese consuelo en las devociones. De aquí proviene que, cuando le turban en algún ejercicio de piedad en que se deleita, y tiene que emplearse en obras ajenas, sea de obediencia, de caridad u otras obligaciones de su estado, se inquieta y se turba: es éste un defecto muy universal de la miseria humana, ir buscando en todas las acciones la propia satisfacción; y cuando el alma no halla en sus ejercicios de devoción las antiguas satisfacciones, los abandona, o al menos, los disminuye y, quitando de aquí un tantillo y mañana otro de allí, acaba por dejarlo todo. Esta desgracia acaece a tantas almas que, llamadas por Dios a su amor,

comienzan a caminar por los caminos de la perfección y los siguen, mientras duran los consuelos, hasta que al cesar éstos, abandónanlo todo, tornándose a la vida antigua. Es necesario persuadirse que el amor de Dios y la perfección no consiste en experimentar ternuras y consuelos, sino en vencer el amor propio y cumplir la divina voluntad. San Francisco de Sales decía: «Dios es tan amable cuando nos consuela como cuando nos envía tribulaciones.»

Cuando se goza de consuelos espirituales no se precisa gran virtud para dar de mano a los gustos sensibles y sobrellevar las afrentas y contrariedades. En medio de estas dulzuras, el alma lo soporta todo; pero esta su fuerza más bien proviene de las caricias que Dios le prodiga que del verdadero amor de Dios. De aquí que el Señor, para afianzarla más en la virtud, le retire y le quite las dulzuras sensibles para desprenderla del amor propio, que de tales golosinas se alimentaba; por eso acontece que allí donde antes experimentaba gozo, haciendo actos de ofrecimiento, confianza y amor, después, cuando siente secas las venas de los consuelos, ejercítase en los mismos actos con frialdad y desabrimiento, hastiada de tedio en los más devotos ejercicios, en la oración, en la lectura espiritual y en la comunión, sin dar más que tinieblas y temores y haciéndosele que todo está ya perdido. Reza y vuelve a rezar y se entristece porque se le hace que Dios no quiere escucharla.

Vengamos a la práctica de lo que hemos de hacer por nuestra parte. Cuando el Señor misericordiosamente nos consolare con sus amorosas visitas y nos hiciere sentir la presencia de su gracia, no hay que rechazar estos divinos consuelos, como quieren algunos falsos místicos, sino aceptarlos agradecidamente, atentos siempre a no pararnos a gustar estas consolaciones y poner en ellas nuestro contento, porque esto sería lo que San Juan de la Cruz llama gula espiritual, la cual, sobre ser defectuosa, es desagradable a Dios. Esforcémonos, pues, por desterrar de la mente toda complacencia sensible en tales dulzuras y guardémonos especialmente de creer que Dios usa con nosotros de tales finezas porque las merecemos mejor que los demás.

Este vano pensamiento obligaría al Señor a retirarse por completo de nosotros y abandonarnos a nuestras miserias. Lo que entonces hemos de hacer es agradecersele fervorosamente, porque semejantes consuelos espirituales son dones extraordinarios que Dios hace al alma y que sobrepujan a todas las riquezas y honores temporales; más, cuando nos vemos privados de la presencia del amado y de estos gustos sensibles, humillémonos, teniendo siempre ante la vista los pecados e infidelidades de la vida pasada. Recordemos entonces que tales amorosos tratos son puro efecto de la bondad de Dios y que tal vez, regalándonos el Señor de esta suerte, quiera fortalecernos de antemano para que llevemos con paciencia cualquier gran tribulación que nos quiera enviar. Por eso ofrezcámonos a padecer toda suerte de trabajos interiores y exteriores que nos sobrevengan: enfermedades, persecuciones, desolaciones de espíritu, diciendo: «Heme aquí, Señor mío; haced de mí y de mis cosas cuanto os agrade; dadme la gracia de amaros y de cumplir perfectamente vuestra voluntad, y nada más os pido.»

Cuando el alma está moralmente cierta de vivir en gracia de Dios, aunque privada así de los placeres del mundo como de los de Dios, con todo, está contenta, sabiendo que ama a Dios y que es amada de Él. Mas, cuando Dios quiere purificarla y despojarla de toda satisfacción sensible, para unirla completamente con Él mediante su puro amor, ¿qué es lo que hace? Métela en el crisol de las desolaciones, que es el más amargo tormento de cuantas penas interiores o exteriores puede padecer una persona; la priva de la certeza de hallarse en gracia de Dios y las sumerge en densas nieblas, en medio de las cuales parece que el alma no encuentra a Dios. A veces permite Dios que la asalten tentaciones violentas de los sentidos, acompañadas de perversos apetitos de la parte inferior, o pensamientos contrarios de la fe, o de desesperación y aun de odio a Dios, pareciéndole que la ha abandonado y que ya no escucha sus ruegos. Y como, por una parte, las sugerencias diabólicas son vehementes y se halla excitada la parte inferior, sumergida el alma en densas nieblas, aun cuando resista con la voluntad, no acierta a discernir si hace frente a la tentación cuanto debe o bien si consiente en ella, con esto le aumenta el temor de haber perdido a Dios y de que Dios le haya del todo abandonado justamente por sus infidelidades en estas líneas. Entonces cree haber llegado a su total ruina, sin esperanzas de volver a gozar de la amistad de Dios y con temor de ser odiada por Él. Harto probada te-nía esta pena Santa Teresa, la cual llegaba a confesar que en semejante estado «irse a rezar no es sino más congoja o estar en soledad; porque el tormento que en sí se siente, sin saber de qué, es incomparable. A mi parecer es un poco del traslado del infierno».

Cuando acontezca esto al alma amante de Dios, no se desanime, ni se turbe el director de la guía, ya que aquellos movimientos sensuales, aquellas tentaciones contra la fe, aquellas desconfianzas y aun los impulsos de que se siente movida a blasfemar de Dios, son temores, son tan sólo tormentos del alma y esfuerzos del enemigo, pero no son actos de la voluntad, por lo que no son imputables. El alma que verdaderamente ama a Jesucristo, resiste a estos embates y aborrece tales sugerencias, mas, por las tinieblas que oscurecen su mente, no sabe distinguir, queda turbada, y, viéndose privada de la presencia visible de la gracia, teme y se aflige. Bien se echa de ver que en esas almas así probadas por Dios todo es espanto y pura aprensión y no realidad; preguntadles, si no, aun en lo más terrible de su abandono, si a sabiendas hubieran osado cometer un solo pecado venial deliberado, y os responderán resueltamente que están prontas a padecer, no una, sino mil muertes, antes que disgustar deliberadamente a Dios con el más leve disgusto.

Hagamos una distinción. Una cosa es hacer un acto bueno, como vencer una tentación, confiar en Dios, amarle y querer lo que Él quiere, y otra cosa es conocer que en verdad hacemos un acto bueno. Esto segundo, de tener conocimiento que hacemos algo de provecho, nos sirve de consuelo; pero el provecho está en lo primero, cuando en hecho de verdad se ejecuta un acto bueno. Conténtase Dios con lo primero, y de lo segundo priva al alma, quiero decir, del conocimiento de haber hecho aquel acto bueno, para así despojarla de toda satisfacción propia, que ningún valor añade a la acción hecha, puesto que más busca Dios nuestro provecho que nuestra satisfacción.

San Juan de la Cruz escribe, consolándola, a cierta alma desolada: «Nunca mejor estuvo que ahora, porque nunca estuvo tan humilde, ni tan sujeta, ni teniéndose en tan poco, y a todas las cosas del mundo, ni se conocía por tan mala ni a Dios por tan bueno, ni servía Dios tan pura y desinteresadamente como ahora, ni se va tras las imperfecciones de su voluntad y entereza como quizá solía.» No vayamos a creer, en fin, que cuantas más ternuras sentimos, seamos por ello tanto más amados de Dios, porque no está en esto la perfección, sino en mortificar nuestra voluntad y unirla a la vida divina.

En el estado de desolación no debe el alma dar oídos al demonio, que la sugiere haberla Dios abandonado, ni tampoco deje la oración, que esto es lo que pretende el demonio para hacerla después caer en el precipicio. Escribe Santa Teresa: «Tengo para mí que quiere el Señor dar muchas veces al principio, y otras a la postre, estos tormentos, y otras muchas tentaciones que se ofrecen, para probar a sus amadores y saber si podrán beber el cáliz y ayudarle a llevar la cruz.» Puesta en esta pena, ha de humillarse el alma, persuadiéndose que así merece ser tratada por las ofensas hechas a Dios; y así humillada ante la voluntad divina, exclame: «Aquí me tenéis, Señor; si queréis tenerme siempre humillada y afligida y si lo queréis también en la eternidad, dadme vuestra gracia, haced que os ame y luego haced de mí cuanto os plazca.»

Trabajo en balde será, y tal vez de mayor inquietud, querer buscar la seguridad de que os halláis en gracia de Dios, porque Él no quiere que entonces lo conozcáis; y no lo quiere, para vuestro mayor provecho, para que os huelléis y multipliquéis oraciones y actos de total abandono en su divina misericordia.

Queréis ver, y Dios no quiere que veáis. Por otra parte, San Francisco de Sales dice: «El propósito de no cometer pecado, por pequeño que sea, es indicio de que estamos en gracia de Dios.» Pero cuando el alma vive en un gran desconsuelo, ni esto conoce claramente, mas no debe pretender sentir lo que quiere; bástele querer con la punta de la voluntad, y así debe arrojarse completamente en brazos de la divina bondad. ¡Cómo cautivan a Dios estos actos de confianza y resignación en medio de las tinieblas de la desolación! Confíemos en Dios, que, como dice Santa Teresa, nos ama más de lo que podemos amarle ni entender. Consuélense, pues, estas almas tan agradables a Dios que están resueltas a ser todas de Él y se ven privadas, al mismo tiempo, de todo consuelo. Su estado de desolación es señal de que Dios las ama y que les tiene preparado un lugar en el paraíso, donde los consuelos son plenos y de eterna duración. Y tengan por muy cierto que cuanto más afligidas se vean en esta vida, tanto más consuelo recibirán en el reino de los bienaventurados: Al agolparse en mi interior las penas, tus consuelos mi alma regocijan.

Para consuelo de las almas atribuladas quiero traer aquí lo que se refiere a la vida de la M. Santa Juana de Chantal, la cual, por espacio de cuarenta y un años, fue afligida de terribles penas interiores, tentaciones, temores de vivir en desgracia de Dios y hasta de ser por Él abandonada. Tan continuas y terribles eran sus aflicciones, que llegaba a decir que el solo pensamiento de la muerte era el que la podía consolar. Y añadía: «Tan

furiosos son los asaltos, que ignoro dónde habrá de descansar mi pobre espíritu; háceseme a las veces que me va a faltar la paciencia y que estoy a pique de perderlo todo y de dejarlo todo.» «El tirano de la tentación es tan cruel, que a cada hora del día recibiera yo con placer la muerte, siendo no pocas las veces que pierdo hasta las ganas de comer y de beber y de dormir.»

En los posteriores ocho o nueve años de su vida arreciaron más fieramente las tentaciones. La M. De Scatel decía que su santa M. De Chantal padecía día y noche un continuo martirio interior al rezar, al trabajar y hasta al descansar, por lo que la compadecía muy mucho. La Santa se veía combatida contra las virtudes, excepción hecha de la castidad; tentaciones de dudas, perplejidades y repugnancias. Dios la privaba, a veces, de sus luces y se le aparecía como indignado, en ademán de arrojarla de su presencia, hasta el punto de que ella tenía que volver la cabeza, espantada por la aparición, para ver dónde hallara alivio; más, no hallándolo, volvía a mirar a Dios y abandonarse en su misericordia. Parecía que al ímpetu de la tentación estaba a pique de caer a cada instante; no la privaba Dios de su existencia, pero ella andaba como abandonada de Él, sin experimentar satisfacción alguna, sino sólo tedios y angustias en la oración, en las lecturas espirituales, en la comunión y en el resto de los ejercicios devotos. Su recurso en tal estado de abandono era únicamente mirar a Dios y dejarlo hacer.

Decía la Santa: «En este mi desamparo, hasta mi vida sencilla me parece nueva cruz, y la impotencia que siento en el obrar es nuevo acrecentamiento de cruz.» Por eso decía que le parecía ser como el enfermo agobiado por los dolores, sin fuerzas para volverse de un lado a otro, o como el mudo, que no puede explicar sus males, o como el ciego, que no ve si le dan un remedio o le propinan un veneno. De ahí que exclamara entre torrentes de lágrimas: «Me parece que no tengo fe, ni esperanza, ni caridad.» Con todo, conservaba siempre rostro sereno, apacible en la conversación, puesta siempre la mirada en Dios y descansando en el seno de la divina voluntad, por lo que escribía San Francisco de Sales, su director, que conocía perfectamente cuán amada de Dios era alma tan hermosísima: «Era su corazón como un músico sordo, que, sabiendo cantar maravillosamente, no recibiera del canto placer alguno.» Y a ella misma le escribía: «Debéis servir a vuestro Salvador sólo por amor a su voluntad, privada de todo consuelo y en medio de un diluvio de tristezas y amarguras.» Así obraron los santos.

«Componen este edificio piedras talladas por el cincel saludable, y pulidas por el martilleo del obrero divino; unidas estrechamente entre sí, se elevan hasta la altura.» Los santos son estas piedras elegidas, como canta la Iglesia, los cuales, trabajados a golpe de martillo, esto es, a prueba de tentaciones, temores, tinieblas y otras penas interiores y exteriores, se hacen aptos para ser colocados en los troncos del reino dichoso del paraíso.

Afectos y súplicas

Jesús, esperanza mía y único amor de mi alma, no merezco vuestros consuelos ni vuestras ternuras; reservadlas para las almas puras e inocentes que siempre os amaron. Yo, pecador, no os las pido porque no las merezco; sólo os pido me permitáis os ame, que cumpla toda mi vida vuestra voluntad y después disponed de mí como os plazca. ¡Desventurado de mí, que merecí otras tinieblas, otros temores, otros abandonos, por las injurias que os hice! Merecía el infierno, donde, separado siempre de vos y de vos abandonado, debía llorar con llanto eterno sin poder jamás amaros. Mas no, Jesús mío: abrazo cualquier pena menos ésta; vos merecéis infinito amor y demasiado me habéis obligado a amaros. Ahora no sabría vivir sin amaros. Os amo, sumo bien mío: os amo con todo mi corazón, os amo más que a mí mismo, os amo y no quiero más que amaros. Veo que esta mi voluntad es dádiva de vuestra gracia; pero acabad, Señor mío, la obra; asistidme siempre hasta la muerte; no me dejéis de vuestras manos; dadme fuerza para vencer las tentaciones y vencerme a mí mismo, para lo que os pido la gracia de encomendarme siempre a vos. Quiero ser todo vuestro; os consagro mi cuerpo, mi alma, mi voluntad, mi libertad; no quiero vivir ya para mí, sino sólo para vos, Criador mío, Redentor mío, mi amor y mi todo. Quiero santificarme y de vos lo espero. Afligidme como queráis, privadme de todo, con tal de que no me privéis de vuestra gracia ni de vuestro amor. ¡Oh María, esperanza de los pecadores!, mucho confío en vuestra intercesión, pues sois tan poderosa con Dios. Os ruego, por el amor que tenéis a Jesucristo, que me ayudéis a santificarme.